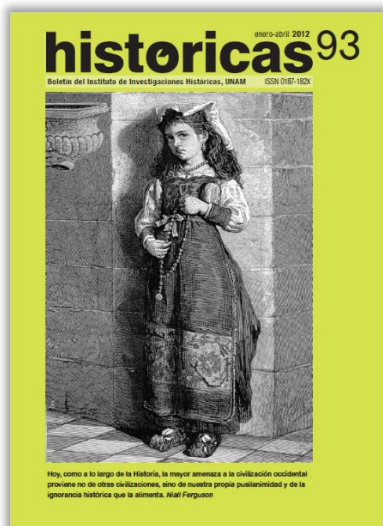




Revista: Históricas. Boletín de Información del Instituto de Investigaciones Históricas

Año: 2012

Número: 93

ISSN edición impresa: 0187-182X [Versión impresa]

ISBN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Históricas. Boletín de Información del Instituto de Investigaciones Históricas, 93 (2012). <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3521>

D.R. © 2024. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución:
departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

historicas 93

enero-abril 2012

Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

ISSN 0187-182X



Hoy, como a lo largo de la Historia, la mayor amenaza a la civilización occidental proviene no de otras civilizaciones, sino de nuestra propia pusilanimidad y de la ignorancia histórica que la alimenta. *Niall Ferguson*

historicas

Alicia Mayer
Directora

Enrique Plasencia de la Parra
Editor

Rosalba Alcaraz
Secretaria de redacción

Comité editorial
Johanna Broda
Rosa Camelo
Janet Long Towell
Teresa Lozano
Álvaro Matute
José Enrique Covarrubias
Elisa Speckman

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS
UNAM

Alicia Mayer
Directora

Iván Escamilla
Secretario académico

Miriam C. Izquierdo
Secretaria técnica

Rubén Olmedo Ponce
Secretario administrativo

Martín R. Sandoval Cortés
Coordinador de Biblioteca

Miguel Meléndez
Departamento de Cómputo

Ena Lastra
Departamento Editorial

Portada e ilustraciones: W.B.C. Fyfe, *A good catholic*, *The Illustrated London News*, 29 de mayo de 1875.

Históricas es un boletín cuatrimestral editado por el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México, Edificio B, 3er. piso, Zona Cultural, Ciudad Universitaria, Coyoacán, México, D. F. 04510. Editores responsables: Alicia Mayer/Enrique Plasencia de la Parra. Número de Certificado de Reserva: 04-2007-0924121602000-106. Número de Certificado de Licitud de título: (en trámite). Número de Certificado de Licitud de Contenido: (en trámite). Página web: www.historicas.unam.mx. Correo electrónico: boletinhistoricas@unam.mx. Composición electrónica en tipos Goudy OlSt BT de 11:12, 10:11 y 9:10. Tiraje: 500 ejemplares. Impreso en Hemes Impresores, Cerrada Tonantzin 6, Col. Tlaxpana, Miguel Hidalgo, México, D. F. 11370. Distribuido por el Instituto de Investigaciones Históricas, Circuito Maestro Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, México, D. F. 04510. Precio al público \$30.00 MN (\$3.00 USD). Tel. (55)5622-7517. Diseño de forros: Ónix Acevedo Frómata. Edición al cuidado de Rosalba Alcaraz.

contenido

reimpresos

Jorge Ferretis

- 2 **Los once mil médicos**

notas de Históricas

- 13 Eventos académicos

reseñas

- 15 Sonia Corcuera de Mancera, *De pícaros y malqueridos: huellas de su paso por la Inquisición de Zumárraga (1539-1547)*
José Rubén Romero Galván
- 18 Dominique de Courcelles, *Escribir la historia, escribir historias en el mundo hispánico*
José Rubén Romero Galván

publicaciones

- 22 Novedades editoriales
- 28 Publicaciones periódicas

Los once mil médicos*

Jorge Ferretis

PROVINCIA. Capital de un estado. Salones de un club de buena sociedad, en el que no es admitido cualquiera. Diez de la noche.

Sobre los pisos brillantados, fulgen las arañas de luz y cristal que penden de los artesonados. Las mesas donde se juega “majone”, “paco” o ajedrez, están ocupadas.

De pronto, a pesar de las restricciones de admisión, aparece un personaje que desencaja en aquel ambiente. Sus pasos opacan con huellas el piso; lleva el sombrero sucio en una mano, y va envuelto en una cobija pobretona.

Muchos ojos se fijan en él, como inquiriendo qué hace en aquellos dominios.

—*Señores*: me dijeron que a esta hora hay aquí *muchos doctores*, y a mi mujer le urge uno.

Ruido de muchas fichas sobre una mesa. Señores que no quieren sentirse aludidos.

Por fin, ante la espera del huésped de la cobija, uno que no juega, responde:

* Publicado originalmente en la revista *Hoy*, el 17 de diciembre de 1938. El autor fue periodista, político y novelista. Nació en Río Verde, San Luis Potosí, el 20 de abril de 1902, y murió en un accidente automovilístico en ese mismo estado, el 28 de abril de 1962. Dirigió varios periódicos, entre ellos: *El Potosí* y *La Voz*. Su primera novela fue *Tierra caliente* (1935), seguida por *El sur quema* (1937), *Cuando engorda el Quijote* (1937) y *San Automóvil* (1938). Su cuento “El alcalde Lagos” fue llevado al cine por el director Gilberto Martínez Solares en 1938 con el título de *El señor alcalde*. En 1967 Mauricio Magdaleno prologó su libro *Libertad obligatoria*, obra póstuma que reúne once cuentos inéditos. Entre 1937 y 1941 fue oficial mayor de la Cámara de Diputados. Fue diputado en la Cámara de su estado natal (1952-1957). En el momento de su muerte era el director general de Cinematografía, cargo que ocupó desde 1955. (N. del E.)

—Bien, tú lo has dicho: hay varios aquí. ¿A cuál necesitas?

—*Pos señores*, al que me haga el favor de ir conmigo.

—¿Y hasta dónde?

—*Pos hasta'l* barrio de San Juan.

—¡Hum! ¿Tienes automóvil?

Sonrisa amarga del otro, que contesta:

—Pero, *siñor*, ¿qué automóvil voy a tener!

—No, hombre: digo que si tienes con qué pagar el alquiler de uno que me lleve.

—*Pos no, siñor*. ¿No quisiera *usté* que nos *juéramos* a pie?

—¡Pero hombre! No. Y quién sabe si tampoco para pagarme la consulta tengas.

—*Pa'eso* sí ajusto, *siñor doctor*. De *verdá* que ajusto.

—¡Hum! Bueno, pues anda y consigue para que pagues también el coche.

Silencio que no alcanza a sacudir el ruido de las fichas. Hasta que aquel extraño cobijado, sin decir palabra, manchando otra vez el suelo con sus pasos, se retira.

No había menos de seis médicos en la sala, y todos ellos propietarios de coches.

Esto aconteció hace menos de dos meses, en una ciudad donde más se impugnan mis anteriores artículos sobre la necesidad de crear un tipo de médico barato. Uno de mis impugnadores, el doctor De la Maza, sabe que lo anterior no es el principio de una novela, sino un sucedido. Y lo menciona, porque me sirve para arrancar esta conclusión: a ninguno de aquellos profesionistas hacían falta los dos pesos que el infeliz aquel podía pagarles. Ya sé que se me objetará señalando médicos más pobres, o muy humanitarios, que no habrían dejado de asistir a la enferma. Cierto. Pero en los casos de los que no se mueven porque no los atraen las dos monedas, yo podría llenar, por lo menos, otro de mis libros.

La Universidad sigue defendiendo su prestigio y su levemente mermada facultad de hacer médicos. Da a la prensa noticias de que uno de sus doctorados, con espíritu de sacrificio, fue a establecerse en un pueblo incómodo. Poco adelantamos con casos esporádicos de muy relativo desprendimiento. Pero si de impresionar lectores se trata, podemos citar los opuestos. Un conocido profesionista acaba de enterarme de un catedrático que hubo en la Facultad de Medicina y que en plena cátedra aleccionaba “paternal-

mente” a sus alumnos. Aconsejábales defenderse del público “porque los clientes roban al médico su trabajo”. Y jactábase aquel profesor de un caso que narraba mucho como ejemplo: le llamaron una vez para atender a un enfermo con una penosa retención de orina. Urgía su acción ante aquel vientre abultado y doloroso, pero el aspecto de la casa no sugería solvencia.

—Bueno, esto les cuesta diez pesos.

—Doctor, tenemos cinco —y se los alargaron.

—Pues consigan el resto —contestó él, tomándolos.

—Sí, doctor, pero comience usted. Mientras, vamos a pedir prestado los otros cinco.

El médico abrió su bolso; se puso en aptitud; introdujo una sonda, y lentamente comenzó a disminuir la protuberancia.

Calculó exactamente la mitad de aquel desalojamiento, e inquirió:

—¿Ya consiguieron lo que falta?

—No, doctor, pero mañana se lo pagaremos.

—Entonces él, cuidadosamente, sacó su sonda, y ante el pasmo de los deudos del quejumbroso paciente, se retiró, diciendo:

—Le saqué exactamente cinco pesos. Ya me avisarán cuando haya de extraer el resto.

Parece una fábula. Ciertamente, los profesionistas de esta especie son pocos. Pero pueden citarse muchos casos más, que si no son tan ostensibles como éste, se le asemejan en esencia.

Repetiré inacabablemente (puesto que muchos de mis impugnadores se desentienden de los argumentos de mis artículos anteriores, y particularmente del que publicó *Hoy*, el 19 de noviembre próximo anterior) que me sigue pareciendo natural que quienes gastaron larga parte de su vida estudiando, con admirable abnegación y sacrificios muchas veces, aspiren a una posición económica “decente”. Hace algunos años que precisamente de aquí me vino la idea de que nuestra población empobrecida, necesita que la cure alguien que, por su propia inferioridad, ambicione mucho menos. Se me objetará otra vez señalándome a Fulano de Tal, merolico sin escrúpulos, que se da más importancia que muchos profesionistas serios. Mas quedará en pie mi afirmación: menos años de estudio, menos exigencias del graduado. Más baratatura de sus servicios.

Supongamos, a la inversa, que nuestros doctores, en lugar de los diecisiete años que tienen que estudiar ahora (incluyendo la primaria) tuviesen que estudiar treinta. Sus servicios serían mucho más caros, aunque fuese por la razón de que los que llegarían a la meta profesional serían mucho más escasos. Y esa sola razón los convertiría en una especie de aquellos hierofantes que en el Egipto se adueñaron de la ciencia, y que acabaron por ser sagrados.

Remedos de hierofantes, nuestros doctores defienden su alcurnia intelectual. Y sus derivados. Enconada oposición hicieron cuando se trató de crear el tipo de profesora en Obstetricia. Se ensañaron contra los proyectos, como hoy contra el del médico rural o enfermero autorizado para ejercer la medicina en zonas donde los pobladores, por su escasez de recursos, no pueden pagar a todo un señor doctor. Un señor doctor que, como el perro del hortelano, “ni come ni deja comer”. Ni va adonde pagan pobremente, ni deja que otro surja, para que cure allá.

Está plenamente aceptada esta verdad: toda competencia es deseable, porque de ella saca provecho la sociedad. ¡Ah, pero que compitan los vendedores de carne o de calcetines; no los vendedores de sabiduría y de salud!

Y sigue la lluvia de objeciones: que un médico improvisado sólo irá a matar gente; que cómo un pseudomédico va a saber diagnosticar casos que ponen en aprietos hasta a competentes especialistas que cuentan con modernísimos laboratorios; que no es la falta de dinero, sino la de cultura, la que obliga al pueblo a recurrir al brujo; que el gobierno es el que debe pagar servicios de médicos “de verdad” en todo el país; que se engendrará un charlatanismo, que acabará con la ciencia, y que merolicos con diplomas pronto abandonarán los campos y se aglomerarán en las urbes. ¡El caos! ¡El fin del mundo!

Acepto que un médico apenas preparado para curar heridas simples, paludismos, viruela, blenorragia, algunas formas de parasitosis, piquetes de animales ponzoñosos, pulmonía, etcétera (sin faltarle conocimientos de obstetricia), no sabrá diagnosticar fiebre de Malta, ni alergia, ni hemofilia, ni otros males. Pero recurramos a las estadísticas de cada región, y encontraremos que en los centros rurales, más de un noventa por ciento de las defunciones son originadas por accidentes, y por males endémicos y epidémicos de diagnóstico manifiesto. Entonces, vamos, lo más pronto posible, a auxiliar siquiera esa enorme mayoría.

Acabo de conversar con un médico sereno, que me escuchó con interés durante varias horas. Y cuando le dije que me ha parecido advertir que entre más elemental es nuestra población, más elementales son también sus padecimientos, él reflexionó, y me dijo:

—Quizá tenga usted razón. Yo conozco nuestros ambientes rurales, y en verdad, en términos generales, no he encontrado allí ni siquiera diabetes.

Parece que, a manera de compensación, estos y otros padecimientos sutiles, de nombres nuevos y de diagnósticos complicados, aparecen acá, en la urbe, donde existe para cada mal el especialista prestigiado.

En resumen, aunque un médico mal preparado dejase morir algún nefrítico, debe empezar siquiera a salvar al noventa por ciento que se muere de males tan simples como los de sus animales domésticos.

Inexacto que el pueblo no recurra al médico por falta de cultura. En Matamoros pude apreciar notoriamente esta mentira. Los médicos de allí tenían escasa clientela: no había bastantes enfermos. Hasta que llegó otro que comenzó a cobrar cincuenta centavos por consulta. Entonces los pacientes se multiplicaron. La baratura los sacó de sus casas.

Acabo de presenciar otro caso en Cerritos, San Luis Potosí. Me consta que abandonó aquel pueblo uno de los médicos porque no había suficiente trabajo. Llegó otro, joven y todavía piadoso. Cundió la noticia de que no era caro; de que aceptaba lo que podían pagarle, y hoy trabaja desde las primeras horas del día hasta las últimas de la noche. Los domingos, en su modesto consultorio, no cabe el gentío. Y en aquel pueblo donde no se mantenían más doctores, él, por añadidura, cobrando bajísimo, ya vio subir sus honorarios a más de mil pesos mensuales.

Conozco también el caso de un sargento, ayudante de un médico militar que llegó a Villa Guerrero, cerca de Tampico. Remontado en la sierra huasteca, está el pueblo de San Vicente Tancuayalab, sin médico, asolado por un paludismo espantoso. Aquel ayudante de médico, que durante tres o cuatro años había aprendido a hacer fáciles curaciones, fue enviado a San Vicente. Y uno que otro vecino, viéndole curar soldados, empezó a recurrir a él. Les inyectaba quinina por unos cuantos centavos; les prescribía cualquier otro medicamento a su alcance, y en cuanto notó el vecindario que “tenía mejor mano” que los curanderos, aumentó su clientela. Meses después, pidió su baja y se quedó en el pueblo. ¿Matará algunos? Tal vez. Pero siempre serán menos de los que matan los brujos, que curan hasta la infidelidad conyugal. (Para que un marido no se ocupe de otra, se le da a es-

condidas, por ejemplo, una infusión de alacrán. “Inexplicablemente” se le van mermando los bríos, intoxicado, incurable, y así “se le quita la maña”).

¿Que el gobierno debería mandar médicos “cabales” a todos los rincones del país? Los está mandando. Hasta podrá aumentar ligeramente el número. Pero no podrá pagar el número que hace falta. Desde aquí, es muy fácil decir: “Ya podrá; más vale esperar hasta que produzca y pague los suficientes; pero que sean tan médicos como los actuales”. Desde aquí puede seguirse hablando así. Allá, donde un piquete de tarántula o de víbora, requiere afilar prontamente aunque sea el cuchillo de la cocina para rasgarse con él la carne (sin anestesia, por supuesto), y exprimirse la sangre envenenada; y todavía después, el curandero obliga al picado a ingerir una dosis de excremento; allá, mientras se multiplican los doctores que haya de pagar el gobierno, urge el que llegue unos años antes, y que lleve sueros inyectables contra tales picaduras. Aun en el caso de que el gobierno pudiera, en 1939, pagar cien médicos más de a diez pesos diarios cada uno (sin honorarios adicionales), ello significa que con la misma erogación, podría pagar doscientos de a cinco, y con ellos cubriría mayor extensión y atendería doble número de habitantes. Y ya no me extenderé a citar ejemplos de los doctores que conozco (algunos con igualas, otros con comisiones oficiales) y que tienen compromiso de curar en ciertas comunidades. Los he visto curar a destajo preocupándose bien poco por escrutar sintomatologías. Bien saben ellos que a veces su trabajo poco aventajaría al de ese discutidísimo médico elemental.

He opinado en otros artículos que el médico actual es indispensable, tal como existe, en donde la sociedad pueda pagarlo. Pero he llegado a creer que aun el trazo de este profesionista debe enmendarse. Es encomiablemente culto, pero para el mero ejercicio de la medicina le sobran estudios. Le adornan conocimientos generales, que le hacen más respetable. Pero es el caso que la sociedad lo paga como curador nada más. Y en las condiciones actuales, además de sus conocimientos médicos, paga los demás que lo adornan. Pueblos más prácticos (los Estados Unidos) a despecho de los culturistas, están despojando las carreras de los estudios que antaño producían profesionistas más brillantes, pero más onerosos.

Ya me he referido antes a la necesidad de que el ochenta y cinco por ciento de los doctores en medicina tienen, cuando se entregan en cuerpo y alma a su profesión, de olvidar varias materias, para que no les ocupen atención en el cerebro.

Creo que urge otra “poda” de los bachilleratos, y sobre todo, del de medicina. Con nuestra naturaleza de colonos mentales, hemos razonado así: puesto que los textos científicos están en francés, es preciso enseñar este idioma (y el inglés) a nuestras generaciones estudiantiles, mediante cursos de dos años. ¿No sería lo indicado que la Universidad se encargara de traducir los textos; de bajarlos al propio idioma, aunque ello requiriese un cuerpo permanente de traductores oficiales? Porque ni siquiera se puede alegar que estos cursos se hacen para que los presuntos profesionistas queden adornados con dos idiomas más, pues la enorme mayoría de ellos no saben inglés ni francés. Y no digamos hablarlo: ni leerlo en términos generales. Los dos años de estudio los capacitaron para leer exclusivamente su materia, sus textos.

Aunque se me catalogue entre los herejes de la cultura, sigo creyendo que los bachilleratos son susceptibles de enorme aligeramiento. Aunque ningún curso se borre de las universidades, se pueden dividir en dos grupos. En uno, las materias estrictamente indispensables para que el alumno empiece sus estudios profesionales. En otro, las que en buena hora quieran ser tomadas por alumnos que sin prisas ni exigencias, con una honda aspiración de cultura, quieran nutrirse adicionalmente. Claro que estos cursos contarán con bien escasos asistentes, pues sólo la forzosa necesidad mueve hoy a los estudiantes a “martajar” materias que bien poco les importan. Pero ellas sirven para dar lustre a las instituciones universitarias, y además, para que se conserven caras las profesiones. Y no nos importa proceder con la mismísima lógica con que en otras partes se han mandado incendiar los graneros repletos, para que el precio de algunos cereales no baje en los mercados, aunque los pueblos tengan hambre. Aquí también ha jugado buena parte ese inconfesable empeño de mantener “alta” esa profesión, frente a un pueblo pobre y enfermo.

El Instituto Politécnico tiene ya su escuela para hacer médicos rurales en diez años.

Por principio de cuentas, le faltarán alumnos, pues quien estudia diez años, lo mismo estudia once, con tal de quitarse el “sambenito” de “rural”, y las obligaciones y limitaciones inherentes. Los alumnos que reclute merced a becas, en sus últimos años de estudios, procurarán desertar, para doctorarse en cualquier estado. Pero aun en el supuesto de que estas apre-

ciaciones sean erróneas, ni el gobierno podrá pagar muchos ni serán suficientemente baratos para que los pague el pueblo ni se formarán con la urgencia con que se les necesita.

—¿Cómo —se me dirá— hemos aguardado siglos, que no aguardemos decenios? Además, ¿por qué creer que nuestro pueblo no se va a levantar de su miseria?

Yo también lo espero. Sin embargo, mientras tal acontece, no habrá razón para que no se tome esta medida de emergencia, forjando ese semi-profesionista, que lo prepare (al pueblo), que lo enseñe a exigir otro mejor, ya cuando le haya combatido el noventa por ciento de sus males.

Claro que en último análisis, la creación de otra escuela de Medicina Rural, en el Instituto Politécnico, está bien. Como bien estuvo la creación de la Médico Militar, que tantas objeciones encontró en su tiempo. Siempre estará bien aumentar esos profesionistas (de los que en México faltan veinte mil), aunque según la Universidad, ya sobren. No dejo de reconocer que además, ese profesionista de estado que dentro de diez años salga del Politécnico, con ser de estado, irá adonde lo manden y curará hasta mendigos. Pero no puedo dejar de menear la cabeza al ver este pasito de una pulgada, sobre un territorio donde quedan miles de kilómetros por invadir con ciencia, aunque ésta no sea de veintiún quilates.

Y es que la propia Universidad sigue haciendo demagogia: “Nuestro campesino —dice el rector— no por ser campesino merece un pseudoprofesionista peligrosamente inculto. Nuestro campesino es la vida de México; es el que hizo la Revolución, y no sólo merece un médico tan cabal como nosotros; ¡nuestro campesino merecería que fuese a él al que mandásemos a Rochester!” (aplausos frenéticos entre un bando de congresistas).

Pero es demasiado preocuparse por él. No le hagamos el servicio tan perfecto ni tan gratuito. Es decir, no confundamos “lo que merecería” con lo que puede tener. Preparémosle, démosle siquiera ese enfermero que él mismo pueda pagar, y ya con ello le habremos aliviado mucho. El profesionista de Estado, aparejadas a sus ventajas, lleva deficiencias que no se pueden pasar por alto: cura por salario, y muchas veces cura tan mal como cualquier ayudante. El campesino preferiría (y podría) muchas veces interesar al enfermero con sus treinta centavos.

Entonces, démosle ambos tipos, ya que por otra parte, no siendo México todavía un país de profesiones socializadas, la obra gratuita siempre tendrá el sello de beneficencia (por más que se la llame asistencia social) y

la rehuirán todos aquellos que conserven una moneda, y un afán de que no se les tome por desvalidos.

Me extraña que mis impugnadores todavía no citen a Berdaieff (*Hacia una nueva Edad Media*) que predice la desaparición de la cultura. Seguramente el doctor De la Maza no lo había leído, pues no habría dejado de atrincherarse en tan recia autoridad. Tuvo que contentarse con citar a “don José Atenedoro de la Fuente Munguía y Casillas, médico de su real majestad, y del Protomedicato de la muy leal y muy nobilísima ciudad de Madrid”. En el año de gracia de 1623, aquel personaje trazó un modelo de médico que parece ser aún el ideal de mi impugnador, a saber: “Que sea cristiano, viejo en el pensar y en el hacer, entendido tanto en las materias del cuerpo y tanto en las del espíritu, sapiente en filosofías y en teologías lo más en su poder, diestro en sus cinco sentidos externos, aseados y completos, pulcro en el vestir y sobrio en el vivir”.

El doctor De la Maza no debe preocuparse: si él no pudo nutrirse en teología, al menos seguirá vistiendo pulcramente. Y en un medio en el que cristianismo y catolicismo se confunden, seguirá viendo doctores que a medianoche no podrán acudir en auxilio de algún enfermo impertinente, porque muy tempranito tendrán que comulgar.

Lo que Berdaieff profetiza, en todo caso, no lo remedia un país pequeño como el nuestro, aunque por conservar la casaca de una profesión, esté dejando que le maten millones de niños los hechiceros, la ignorancia y la pobreza.

A no ser porque conozco estimabilísimos doctores en medicina, habría titulado este artículo, “Cómo gruñen los médicos”. Porque he tenido que tropezar con muchos que al saberme autor de esta serie de artículos y de libros con igual tendencia, les ha relampagueado un gesto gruñón, como si algo les fuese yo a quitar. No insisto en describir sus actitudes.

—Muchos de ellos —me decía el doctor Díaz Barriga— ni siquiera hablan ya en nombre de sí mismos. Es que, por regla general, han soñado heredar a sus hijos su propio “modus vivendi”.

Y los vuelve rencorosos este descabellado desquiciamiento “de todo respetable”.

Sin embargo, para cuando lleguen a once mil estos doctores (que en 1930 eran ocho mil novecientos cinco) ya nuestro mundo estará ligeramente cambiado. Al menos se harán más revisiones de los planes de estudios, para dejarlos menos anacrónicos. Como pesan tanto los intereses creados, estorbarán en lo posible el surgimiento de un médico barato, aunque no se llame médico, pues lo que les alarma es la ruinosa competencia, que les hace clamar contra el charlatanismo.

El brujo y la curandera actuales les resultan mucho menos nocivos. Como que en cuanto alguno empieza a hacerse de clientela descomunal, le echan encima a las autoridades. ¿Pero ya cuando los competidores baratos no queden fuera de la ley?

Ahora, basta con que a los vividores sin título les pillen un caso concreto de haber dejado morir a alguien, para que surta efecto el grito que ponen en el cielo (es decir, en la prensa). Aunque, por la parte de ellos, puedan “despachar” centenares, impunemente, con el fuero universitario. Y como el “gremio” de sufridores, con ser el más numeroso, está totalmente desorganizado, los centenares de sus casos concretos se pierden en el tiempo. No se ha votado siquiera esa ley de responsabilidades médicas, que en otros países les pone en jaque, si por ineptitud o por descuido inmolan un paciente.

Cuando sean once mil estos doctores, a pesar de sus enojos contra estas “necesidades”, ya se habrá logrado, al menos, que los planes de estudios se aligeren. Y ellos, los que todavía se sacrificaron con programas más arduos, quizá se entristezcan, como las almas del finísimo poema de Renato Leduc. Su poema habla de cómo, en los imaginarios limbos de lo eterno, se perdonaba a una pecadora. Y se le acogía con dulzura, ante el desencanto de las once mil vírgenes, que murmurarían a coro:

—¡Para haberlo sabido!

En 1935, propugnaba yo la creación de este tipo de médico rural o enfermero, con tres o cuatro años de estudio. Falta la escuela o institución que los prepare así. No importaría que se alargaran un poco más sus estudios en la forma siguiente: dos años de preparatoria elemental; tres de medicina y uno de práctica en hospitales. Máximo, seis años. Pero no habría que esperar este lapso para tener listos los primeros. Porque abundan, como en otro artículo

dije, ex estudiantes que por exigencias económicas tuvieron que abandonar sus carreras. Sería objeto de una piadosa selección para apartar a los “destripados” ineptos, y los otros podrían pagar una gran mayoría de materias, de suerte que un año o dos les serían suficientes a muchos para completar esta mínima carrera, y lanzarse a su ejercicio, pagados por la federación, o por los estados, o los municipios, o por el propio pueblo.

De medicina, propiamente, habrían estudiado cuatro años. O sea uno menos (solamente uno) de los que se necesitan en ciertos estados de la república para obtener títulos de médicos generales, sin que ello haya escandalizado a nadie.

Hasta se les podría dar en sus diplomas otra denominación, para no desdorar la de médico. El nombre, con ser tan importante, se puede relegar a segundo término.

En algunos estados, quizá haya gobernadores que palpen más de cerca esta necesidad de abaratar doctores, y de que éstos sean de hechura menos reacia a la vida incómoda y mal pagada. Tienen los estados soberanía para legislar a este respecto, y ojalá en alguno surja la primera escuela para médicos baratos. La escuela más revolucionaria que el coro de los rencorosos intereses creados no dejará de calificar como un engendro descabellado.

Al México pobre, sólo un médico pobre bajará a aliviarlo.



notas de Históricas

En la sede del Instituto se llevó a cabo el Homenaje a Guy Stresser-Péan, con la participación de Guilhem Olivier, Miguel León-Portilla y Claude Stresser-Péan, el 6 de septiembre de 2011.

En la Casa de las Humanidades se presentó el libro de Gisela von Wobeser, *Cielo, infierno y purgatorio durante el virreinato en la Nueva España*, con la participación de Felipe Castro, Alicia Mayer, Abraham Villavicencio y la autora, el 28 de septiembre pasado.

En la sede del Instituto, Danièle Dehouve, de La Sorbona de París, impartió el ciclo de conferencias “Ritos y números entre los indígenas de México, ayer y hoy”, entre el 6 y 11 de octubre pasado.

El Instituto, en colaboración con el Departamento de Historia de la Universidad Iberoamericana, organizó la Cátedra O’Gorman 2011, que esta vez contó con la presencia de Juan Ramón Resina, quien impartió las siguientes conferencias: “El guerrillero y el filósofo”; “La legitimación moderna del Estado”; “La literatura y los instrumentos de articulación simbólica”, los días 17 y 18 de octubre.

En la sede del Instituto se realizó la Cátedra Marcel Bataillon 2011, con el tema “La sociedad francesa durante la ocupación nazi”, que impartió Christian Bougeard, de la Universidad de Bretaña Occidental, con los siguientes títulos: “Las condiciones de la derrota de 1940 y la instalación del régimen

de Vichy”; “Francia ocupada”; “La Resistencia francesa”; “La liberación del país y los problemas políticos”, del 7 al 10 de noviembre pasado.

El Instituto, en colaboración con la Asociación Internacional de Historia Militar, organizó el VIII Simposio Internacional de Historia Naval y Militar, el 17 y 18 de noviembre, en la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.

En la Casa de las Humanidades se presentó el libro de Roberto Martínez, *El nahualismo*, con la participación de Andrés Medina, Miguel Pastrana y el autor, el 9 de febrero de 2012.

La Universidad Nacional Autónoma de México organizó la presentación del libro *Cantares mexicanos. El Códice de la poesía náhuatl patrimonio de la nación*, editado por Miguel León-Portilla, Guadalupe Curiel, Alicia Mayer, Estela Morales y Aurelia Vargas, con la participación de Eduardo Matos Moctezuma, Vicente Quirarte, la Fundación Cultural Macuilxóchitl y el Instituto Nacional de Lenguas Indígenas, el 22 de febrero en la Sala Nezhualcóyotl.



Sonia Corcuera de Mancera, *De pícaros y malqueridos: huellas de su paso por la Inquisición de Zumárraga (1539-1547)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras/Instituto Tecnológico Autónomo de México/Fondo de Cultura Económica, 2009, 275 p.

José Rubén Romero Galván
Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

Según se lee en el colofón, fue en diciembre de 2009 cuando salió de las prensas el libro *De pícaros y malqueridos. Huellas de su paso por la Inquisición de Zumárraga (1539-1547)* escrito por Sonia Corchera.

Han transcurrido alrededor de cuatrocientos setenta años desde el tiempo en el que se desarrolló la historia que la autora narra en este libro. En aquellos días, cargados de severas contradicciones nacidas de la presencia de nuevos poderes en estas partes del mundo que ya se nombraban Nueva España, los habitantes del pueblo de Ocuituco, que se encuentra ahora en el estado de Morelos, pudieron experimentar la presencia del mal entre ellos, en la figura del cura nombrado para cuidar sus almas y continuar la difícil tarea de evangelizarlos. ¡Terrible paradoja!

La historia, que desde el inicio del libro atrapa al lector, comienza con las acusaciones que el cura de Ocuituco, enviado para cumplir con las tareas de evangelización que habían abandonado los frailes agustinos, lanzó contra dos indios principales del lugar, lo que dio motivo a un proceso inquisitorial llevado a cabo por el arzobispo Juan de Zumárraga en su calidad de juez apostólico. Las dichas acusaciones implicaban a los indígenas objeto de ellas en la realización de ritos de su antigua religión.

Con el tiempo vino a descubrirse la verdad que mostraba que el cura acusador era realmente un delincuente. Hecho preso y juzgado por sus culpas, escapó de la cárcel a la que había sido confinado; fue a España donde consiguió documentos que lo protegían de la justicia novohispana. Volvió a estas tierras y fue hecho preso de nuevo. Cuánta razón tendremos en afirmar que ese hombre, que no merecía las órdenes sacramentales que ostentaba,

pasó por este mundo sembrando dolor, haciendo de aquellos que encontraba a su paso verdaderas víctimas de sus vicios y afanes pecaminosos.

Bien podría decirse que el libro de Sonia Corcuera muestra sabiamente cuán paradójica es la vida del ser humano. La más evidente de esas contradicciones la constituye el que quien tenía por obligación cuidar espiritualmente a los indígenas y a los españoles del curato de Ocuituco, no sólo dio muestras de carecer de toda aptitud, de todo carácter para conducirlos hacia la vivencia espiritual que les ofrecía el cristianismo que se trataba de implantar en estas tierras, sino que de manera reiterada incurrió en el ominoso pecado de escándalo ante los habitantes del pueblo, pues sus desórdenes y su evidente proclividad a regodearse descaradamente en una carnalidad desenfrenada cuya práctica, si estaba vedada para no importa qué cristiano, con mayor razón lo estaba para un ministro del culto católico a quien obligaba la castidad. Y no sólo se entregó a los placeres carnales, asesinó al hombre que en algún momento le reclamó el haber obligado a su mujer a cometer adulterio con él.

Otra paradoja en extremo interesante la constituye el proceder del propio obispo Zumárraga, quien en su afán, ciertamente explicable, de perseguir las supuestas infidelidades de los naturales, dio por válidas las acusaciones que el cura de Ocuituco lanzó contra aquellos indígenas y armó el juicio y dictó una sentencia que sin duda, y considerada la noble calidad de los acusados, obraba en desdoro de sus personas y del rango que habían ocupado en su región, pues los envió a trabajos forzados a las minas. La paradoja consiste en que la actuación precipitada del prelado no se corresponde con la experiencia que tenía en asuntos inquisitoriales, ni con la prudencia que siempre dejó ver en las determinaciones que tomó.

Una paradoja más, de las muchas que el libro nos descubre, y que llama la atención del lector, es aquella que muestra el deseo del Consejo de Indias de acallar una serie de faltas graves cometidas por un miembro del clero, concediendo al delincuente los documentos protectores que lo ponían a salvo de las autoridades novohispanas, particularmente del obispo Zumárraga. En efecto, el Consejo de Indias al parecer ni siquiera se preocupó por informarse sobre el caso del cura de Ocuituco y procedió, sin más, a protegerlo del castigo que merecía por las faltas que había cometido —verdaderos delitos de orden común: violación, estupro, asesinato, falsas acusaciones, perjurio, por no citar sino los más escandalosos— y que clamaban ser justamente castigadas.

Otro aspecto del libro de Sonia Corcuera que también llama poderosamente la atención es la manera como un hecho particular, inscrito en un proceso de cambios profundos en estas regiones, a través de los cuales se instauraba un nuevo régimen, cuyo eje se encontraba más allá del mar y cuyos postulados elementales eran distintos de aquellos de la antigua sociedad, viene a ser —este hecho— un acontecimiento revelador de las contradicciones que se vivían.

Es así que la actitud del obispo muestra un celo exagerado por mantener la pureza de una religión que apenas se estaba introduciendo en estas partes del mundo. Tal celo, incomprensible en nuestros días, sólo puede explicarse a través de los procesos ideológicos de la España de aquella época, en los que la religión era un elemento unificador de los reinos que constituían un nuevo estado surgido de la reconquista, a través de la cual los españoles habían ganado y vuelto cristianos los territorios antes enseñoreados por el islam, gesta que no hacía aún cincuenta años que había concluido.

Por lo que toca al cura de Ocuituco, Diego Díaz, individuo sin vocación religiosa alguna, cuya labor misional entre los indígenas se reducía a enseñar el catecismo a los indígenas leyéndoles una cartilla en náhuatl, bien podemos decir que, si bien en grado excesivo, viene a ser la imagen de muchos clérigos seculares y uno que otro regular, que pasaron a la Nueva España para vivir el relajamiento de las normas a las que, en tanto religiosos estaban obligados. Este fenómeno no ha sido aún estudiado tan exhaustivamente como sería deseable. En ese sentido el libro de Sonia Corcuera, a través de un caso particular, aparentemente intrascendente para la gran historia que se desarrollaba en el naciente virreinato —aquella que implicaba los procesos económicos, políticos, sociales y culturales—, es una invitación para adentrarse en ese sendero de la historia novohispana, a fin de comprender mejor los procesos que dieron lugar a la formación de nuestras identidades.

El libro de Sonia Corcuera constituye un estudio basado en una investigación cuidadosa, que nos permite acercarnos a un aspecto de la realidad novohispana que nos la muestra plena de claroscuros, de matices y de contradicciones que nos permiten descubrir en esa época no poco de lo que hoy somos. Sonia Corcuera se muestra como la historiadora que es, profunda e inteligente, buscando comprender en el pasado al ser humano que somos porque hemos sido.



Dominique de Courcelles, *Escribir la historia, escribir historias en el mundo hispánico*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, Embajada de Francia en México, 2009, 410 p.

José Rubén Romero Galván
Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

La historia del hombre se resuelve, parafraseando a Jean Cocteau, en el ámbito de una eternidad plegada. Nuestro tiempo es sólo una imagen dinámica de la perfección inmóvil, sin límites, sin pasado ni futuro, sin principio ni fin, a la que llamamos eternidad. Entre los pliegues de la misma, en el tiempo carente de perfección, el hombre encuentra puntos de referencia y asideros a los que se ata tratando de dar sentido al drama de su existencia.

Es allí, entre esos pliegues del no tiempo y tomándose de los asideros que en ellos encuentra, donde el hombre se da a la tarea de registrar, en soportes muy diversos que van de la memoria al papel, aquello de su devenir que considera importante, significativo y valioso. A veces ordena y explica todos esos hechos según el orden que considera es aquel que se aviene de algún modo a la realidad. En otras ocasiones, entre todo aquello que respecto del hombre sabe, y que guarda en la memoria, establece un orden con lazos que surgen del universo de su imaginación y que se inscriben en el ámbito de las ficciones. De la primera operación, inspirada por Clío, nace la Historia; de la segunda, gracias al aliento de Calíope, surge la Épica, y por extensión las narraciones literarias.

Es cierto que Clío y Calíope disfrutaron por mucho tiempo su mutua cercanía en el Monte Parnaso, bajo la mirada benevolente del gran Apolo. Quiso el destino, o más bien las pretensiones de los hombres, que, ya desde los tiempos de la Grecia clásica, las inspiraciones que de sendas musas emanaban comenzaran a tomar rumbos muy diversos, no obstante que desde siempre sus ámbitos, aunque cercanos, estuvieron bien acotados. Aquellos a quienes Clío inspiraba pretendieron apegarse rotundamente a la verdad, mientras que los que escribían bajo el influjo de Calíope pronto fueron considerados servidores de sus propias fantasías. El rumbo estaba trazado y hoy vivimos todavía los no muy afortunados resultados de tal distanciamiento.

Es así que el hombre se ha visto a sí mismo a través de una suerte de juego de espejos en los que uno de ellos corresponde a la memoria, otro a la explicación del pasado que pretende fincar en la verdad y otro más constituido por relatos que no obstante estar fraguados por ficciones, tienen como telón de fondo y obligada referencia a la realidad, o sea la verdad.

Escribir la historia, escribir historias en el mundo hispánico, versión española del libro que hace dos años, con el mismo nombre en francés, salió de las prensas de la editorial Vrin en París, es obra de Dominique de Courcelles. Constituye el primer producto escrito que, después de muchos años de llevarse a cabo, ha dejado la Cátedra Marcel Bataillon, auspiciada por la Embajada de Francia, el Instituto de Investigaciones Históricas y el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.

Se trata de una obra en la que las cuestiones fundamentales son la Historia y las historias, detrás de las cuales siempre está presente, de manera muchas veces discreta, la memoria que les da sustento.

La Historia, así en singular, de la que Dominique de Courcelles trata en su libro, es la disciplina cultivada por quienes con todo rigor se entregan a la investigación de las acciones del hombre en el pasado, con la finalidad, por supuesto de conocerlas, pero sobre todo de explicarlas y de establecer con ellas procesos que den cuenta ordenada del devenir del ser humano.

Las historias, así en plural, también abordadas por la autora, son aquellos relatos, casi siempre despreciados por quienes cultivan la Historia en singular, por considerarlos fruto de la imaginación de sus autores, sin darse cuenta de que tales narraciones constituyen fuentes de valor extraordinario para conocer el pasado en el que fueron creadas.

Un mérito notorio de esta obra es abordar tanto a la Historia como a las historias, y presentarlas como elementos que se engarzan, a través de un diálogo, en el marco de un acontecer muy complejo, que se inició en el ámbito de la península ibérica en las postrimerías de la Edad Media y que se extendió hasta el siglo xvii, cuando el mundo hispánico había excedido los límites que le habían correspondido a la original España visigoda, hasta incluir a la mayor parte del continente americano, además de algunos otros enclaves en Asia y África, aunque para el caso que nos ocupa sólo se haya privilegiado, muy acertadamente, España y Nueva España.

Este devenir, en el que la Historia y las historias se entretajan, es uno de los factores a través de los que se puede seguir puntualmente la manera

como el universo hispánico construyó de sí mismo una idea en la que España, en un primer tiempo, avanzó en la compleja construcción de una identidad, que impactaría de manera definitiva, en un tiempo posterior, la elaboración de otras formas de identidad en las que las diferencias de los reinos de ultramar respecto de la metrópoli desempeñaron un papel importante.

Sin duda cuando se trata de un acercamiento a las producciones historiográficas que corresponden a un ámbito distendido y a un tiempo prolongado, el abordaje de un proceso tal constituye sin duda un reto de proporciones mayúsculas. Dominique de Courcelles supo hacer frente a tal desafío al abordar en cada uno de los capítulos de su obra temas bien diferenciados que parecen cerrarse sobre sí mismos, aunque en realidad conservan una apertura discreta que les permite establecer el diálogo obligado con los otros temas que vienen a ser otros tantos capítulos, de suerte tal que en su conjunto resultan un todo armonioso que permite a quien concluye la lectura ser consciente de que ha entrado en contacto con un proceso que involucra las distintas maneras de escribir la Historia y de escribir las historias que se sucedieron en el universo hispánico, desde las postrimerías de la Edad Media hasta la época barroca.

Es así como la autora logra encarar uno de los objetivos del análisis historiográfico que es plantear la posibilidad de la existencia de procesos de esa naturaleza, que, de manera similar a sus hermanos los procesos históricos que se fundan en la explicación que ordena y relaciona acontecimientos trascendentes, engarza y ordena fenómenos escriturarios historiográficos a los que previamente ha dotado de plena historicidad.

Una cuestión ciertamente interesante que sobresale de entre las muchas que plantea Dominique de Courcelles en su obra es aquella que concierne a la verdad. Arriba aludimos a la lejanía que la mayor parte de los historiadores de nuestro tiempo da por bien sentada entre la historia y la literatura. Hasta donde percibo, esa diferencia tiene que ver en el fondo con la cuestión de la verdad, cuya supuesta presencia en el discurso del historiador o pretendida ausencia en el relato del literato se suponen absolutas, sin considerar que ambos discursos encierran verdad, pues si la historia busca expresar sólo aquello que es veraz, que implica verdad, por su lado la narración literaria se expresa en términos de verosimilitud, imitando aquello que se tiene por verdadero. De aquí resulta que ya implicar, ya imitar, no significa de ningún modo poseer, con lo cual una y otra, la histo-

ria y la literatura, estarían en circunstancias no muy distintas de cara a la tan buscada y tan lejana verdad.

Para Dominique de Courcelles el problema no es la verdad en sí, sino saber descubrir lo que un discurso, propiamente historiográfico o plenamente literario, muestra de la verdad de una época. En ello finca sus comentarios sobre una novela paradigmática no sólo para la lengua catalana, sino para el devenir de la narrativa ibérica. Se trata de *Tirant lo Blanc* de Juanot Martorel. Allí, como en la picaresca española, a la que dedica también un capítulo, deja en claro cómo es posible encontrar la manera de develar lo que de verdad contiene un discurso literario para mejor conocer una época. Esto lo logró dotando de historicidad a tales obras de la narrativa, como se dota de ella a un texto historiográfico para lograr analizarlo.

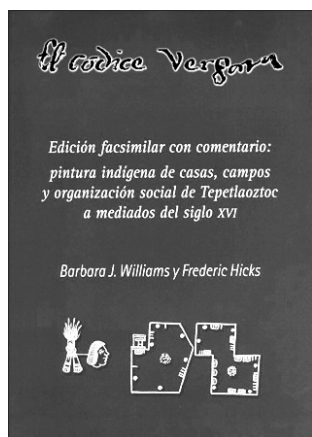
Con todo ello, Dominique de Courcelles demuestra plenamente la posibilidad de aquello a lo que muchos historiadores temen y respecto de lo que guardan una prudente distancia, a saber, el aprovechamiento de la producción literaria como una fuente de conocimiento histórico dotada de una riqueza incuestionable.

A lo largo del libro, la autora da muestras de una erudición, misma que pone siempre al servicio de la explicación de las obras que analiza y la coloca en situación de mejor explicar los fenómenos de que se ocupa.

Al final, queda claro para el lector que las obras analizadas están vinculadas con los complejos procesos identitarios que se dieron en el imperio español y que acunaron obras de diversa índole, entre las que es posible contar no sólo a las que salieron de las plumas de los ingenios de los reinos del imperio, sino incluso a aquellas que surgieron de los pinceles de sus pintores.

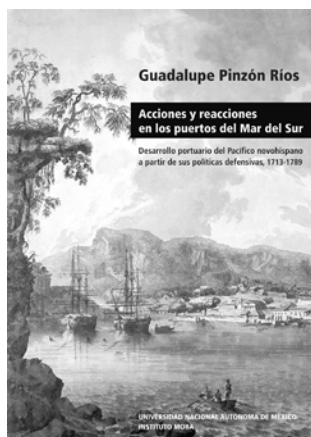


novedades editoriales



El Códice Vergara. Pintura indígena de casas, campos y organización social de Tepetlaoztoc a mediados del siglo XVI, edición facsimilar, coordinación y edición de María del Carmen Jorge y Jorge, comentario de Barbara J. Williams y Frederic Hicks, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de la Investigación Científica, Instituto de Geografía, Instituto de Investigaciones en Matemáticas Aplicadas, Coordinación de Humanidades, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, Instituto de Investigaciones Históricas/Apoyo al Desarrollo de Archivos y Bibliotecas de México, 2011, 360 p.

El Códice Vergara, uno de los cuatro códices del Grupo Vergara, se presenta aquí en versión facsimilar con comentario. Elaborado alrededor de 1540 en el reino de Acolhuacan, contiene información detallada sobre las estructuras económicas y sociales del área rural de cinco localidades del pueblo de Tepetlaoztoc, situado en el valle de México al noreste de Texcoco. Actualmente el código forma parte de la Colección de Manuscritos Mexicanos de la Biblioteca Nacional de Francia, que ha autorizado esta primera reproducción facsimilar. Esta obra pone al alcance de los estudiosos interesados en las culturas mesoamericanas, una fuente cuyo contenido interdisciplinario será motivo, sin lugar a dudas, de insospechables y sorprendentes resultados. 



Guadalupe Pinzón Ríos, *Acciones y reacciones en los puertos del Mar del Sur*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas/Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2011, 352 p.

El océano Pacífico o Mar del Sur ofreció a los habitantes de la Nueva España durante mucho tiempo una opción marítima y comercial ajena a los intereses atlánticos. Sin embargo, a lo largo del siglo XVIII, los conflictos internacionales, así como los intereses mercantiles y científicos de la época, obligaron a reestructurar las condiciones y el funcionamiento de los puertos novohispanos.

En este estudio se abordan las transformaciones de los puertos, en especial los de la franja costera que va de Acapulco a San Blas. Además, el texto muestra cómo estas transformaciones repercutieron tanto en la Nueva España como en sus relaciones marítimas con otros territorios



Miguel León-Portilla, *Obras. Tomo X, Obra literaria y ensayos varios*, 2 v., México, El Colegio Nacional/Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2012 (volumen 1: 492 p., ils.; volumen 2: 476 p., mapas).

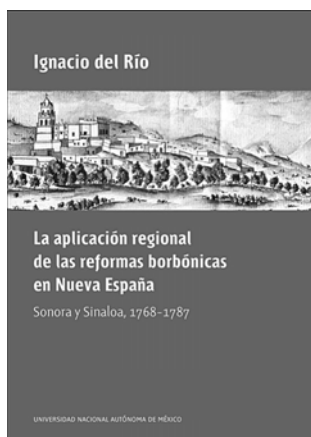
Este décimo tomo de las *Obras de Miguel León-Portilla*, integrado por dos volúmenes, incluye cincuenta textos aparecidos en diferentes revistas y obras colectivas. La gran mayoría de estas aportaciones guarda relación con lo que ha sido y es el interés principal del autor: el mundo indígena. Aparece así la única obra de teatro que ha escrito, *La huida de Quetzalcóatl*, y también un ensayo sobre teatro del mundo mesoamericano. En el campo de la literatura, además de no pocos ensayos acerca de la poesía de autores nahuas, hay algunas muestras de la creatividad poética de León-Portilla. También hay relatos sobre acontecimientos ocurridos en el periodo colonial en los que la presencia indígena tuvo un papel importante. Y asimismo trabajos referentes a temas antropológicos, como los relacionados con el pensa-

miento del doctor Manuel Gamio, e incluso uno sobre la significación de lo que es la Universidad en el contexto iberoamericano. Las obras de León-Portilla son coeditadas por la Universidad Nacional Autónoma de México, a través de su Instituto de Investigaciones Históricas, y El Colegio Nacional, instituciones de las que es miembro desde hace muchos años. 



Iván Valdez-Bubnov, *Poder naval y modernización del Estado: política de construcción naval española (siglos XVI-XVIII)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas/Bonilla Artigas/Iberoamericana, 2011, 516 p.

La presente obra es el resultado de una década de investigación en archivos de distintos países, así como de un exhaustivo análisis de la historiografía antigua y contemporánea sobre el sistema naval hispánico. En sus páginas, el lector especializado encontrará una síntesis razonada del conocimiento sobre los principales aspectos de la historia de la tecnología naval española, a partir de la cual numerosas fuentes manuscritas —muchas de ellas todavía desconocidas— son comprendidas en su dimensión política, administrativa y militar. En particular, se aborda en detalle la dimensión administrativa y financiera de los astilleros estatales, tanto en la península ibérica como en las posesiones americanas. Así, esta obra ofrece un modelo interpretativo, rigurosamente fundamentado, para comprender la incidencia de factores políticos y militares en la evolución técnica de la construcción naval española durante el periodo clásico de la navegación a vela 



Ignacio del Río, *La aplicación regional de las reformas borbónicas en Nueva España. Sonora y Sinaloa, 1768-1787*, primera reimpresión, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2012, 238 p., mapas (Historia Novohispana 55) [primera edición: 1995].

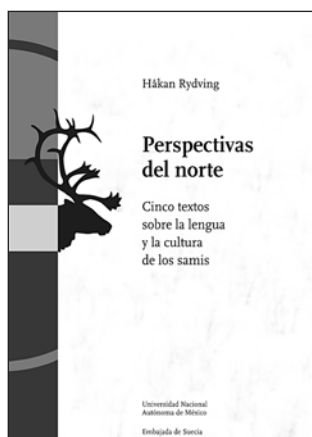
Abordar desde una perspectiva regional el tema de la aplicación en la Nueva España de las medidas político-administrativas que se conocen como reformas borbónicas es un recurso que permite al autor de este libro poner a prueba algunas interpretaciones generales sobre la historia de México en las postrimerías de la época colonial. Se ha tomado como región de estudio la gobernación de Sonora y Sinaloa, la que, por el interés que tuvo en ella el visitador José de Gálvez, desde 1768 pasó a ser un campo privilegiado de aplicación de la vertiente provincial de la política reformista. 



Fray Alonso de la Vera Cruz, *Physica speculatio*, edición facsimilar, estudio histórico y filosófico de Mauricio Beuchot, introducción científica de Marco Arturo Moreno Corral, edición de María de la Paz Ramos Lara, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, Instituto de Investigaciones Filológicas, Instituto de Investigaciones Históricas, Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Astronomía, Instituto de Ciencias Nucleares, Instituto de Física, Instituto de Matemáticas, Centro de Radioastronomía y Astrofísica, Facultad de Ciencias, Coordinación de la Investigación Científica, 2012, 44 + 380 + 24 p. (Bibliotheca Mexicana Historiae Scientiarum).

Este volumen contiene el facsímil de la obra de fray Alonso de la Vera Cruz, *Physica speculatio* (1557), primer libro de física y de astronomía teórica publicado en el Nuevo Mundo. Con esta obra se introducen en América los conceptos físicos y astrológicos imperantes en la Europa del siglo xvi. Es importante destacar que este libro del fraile agustino es uno de los textos fundacionales de la filosofía y la ciencia en México y en América.

Para situar la obra y brindar al lector un marco de referencia con la filosofía natural que se difundía en el Viejo Continente, en esta edición se incluye un estudio histórico y filosófico escrito por Mauricio Beuchot y una introducción científica de Marco Arturo Moreno Corral, ambos destacados universitarios de la UNAM. Deseamos que esta publicación sea un testimonio de reconocimiento al que ha sido llamado el padre de la intelectualidad mexicana, en su modalidad novohispana, que ha marcado indudablemente el desarrollo de nuestro quehacer filosófico y científico hasta la actualidad. 



Hákan Rydving, *Perspectivas del norte. Cinco textos sobre la lengua y la cultura de los samis*, edición de Roberto Martínez y Velebita Koricanic, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas/Embajada de Suecia, 2012, 132 p., mapa (Antropológica, 21).

Cuando nos preguntamos por qué es importante publicar en México un libro sobre los samis, habitantes del círculo polar ártico, debemos responder, en primer lugar, que la falta de información sobre su historia y su cultura es por sí misma un motivo suficiente para buscar la divulgación de su conocimiento; en segundo lugar, que el estudio de la cultura sami puede servir de contrapunto para el entendimiento de los procesos culturales que han afectado a los pueblos de nuestra América. Consideramos, además, que el principal aporte de *Perspectivas del norte* es de orden metodológico, pues aun quienes no se encuentren particularmente interesados en los samis podrán descubrir en la obra de Rydving un novedoso enfoque transdisciplinario que conjuga la historia y la lingüística en un intento por comprender la complejidad de los procesos de transformación cultural. 



Estudios de Cultura Náhuatl, 43, 2012, 376 p.

Contenido

Artículos

Volumen 43. Presentación

Leonardo López Luján y Marco Antonio

Santos, El *tepetlacalli* de la Colección Leof: imagen cuatripartita del tiempo y el espacio

Patrick Johansson K., La muerte en la cosmovisión náhuatl prehispánica. Consideraciones heurísticas y epistemológicas

Clementina Battcock, Acerca de *las pinturas que se quemaron* y la *reescritura* de la historia en tiempos de Itzcóatl. Una revisión desde la perspectiva simbólica

Avis Darlene Mysyk, Quetzalcoatl and Tezcatlipoca in Cuauhquechollan (Valley of Atlixco, Mexico)

Miguel León-Portilla, La riqueza semántica de los códices mesoamericanos

Mariana C. Zinni, Umbrales hermenéuticos: los “prólogos” y “advertencias” de fray Bernardino de Sahagún

Estudios clásicos

Francisco del Paso y Troncoso, Utilidad de la lengua mexicana en algunos estudios literarios

Paleografía y traducción del *Códice florentino*

José Rubén Romero Galván, Paleografía y traducción del náhuatl al español del capítulo 1 del libro x del *Códice florentino*

Reseñas

Federico B. Nagel Bielicke, *Diccionario del idioma náhuatl para estudiantes* (Pilar Máynez)

Claude Stresser-Péan, *Des vêtements et des hommes. Une perspective historique du vêtement indigène au Mexique*
(Guilhem Olivier)

Ascensión Hernández Triviño, *La tradición gramatical mesoamericana y la creación de nuevos paradigmas en el contexto de la teoría lingüística universal. Discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, 22 de enero de 2009* (Rodrigo Martínez Baracs)

Eduardo Matos Moctezuma, *Arqueología del México Antiguo* (Leonardo López Luján)

Eduardo Matos Moctezuma, *Arqueología del México Antiguo* (Manuel Gándara)

Hermenegildo F. López Castro y Ethelia

Ruiz Medrano, *Tutu Nuu Oko. Libro del Pueblo Veinte. Relatos de la tradición oral mixteca de Pinotepa Nacional, Oaxaca* (Guilhem Olivier)

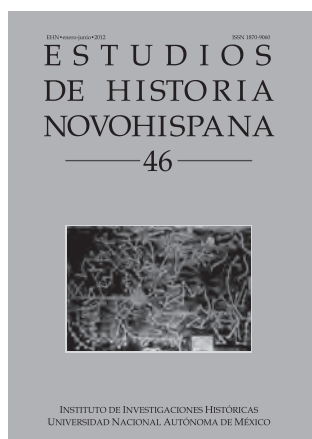
Miguel León-Portilla y Alicia Mayer
(coords.), *Los indígenas en la Independencia y en la Revolución Mexicana*
(Rodrigo Martínez Baracs)

Marta C. Muntzel y María Elena Villegas

Molina (eds.), *Itinerario toponímico de México. Ignacio Guzmán Betancourt*

(Ascensión Hernández de León-Portilla)

Cantares mexicanos (José Rubén Romero Galván) 



Estudios de Historia Novohispana, 46, enero-julio 2012, 242 p.

Contenido

In memoriam Richard E. Greenleaf (1930-2011), académico completo, gran Maestro y hombre excepcional

Artículos

Ramón Sánchez, *Discourse Map and Empire Building in Álvaro Núñez Cabeza de Vaca's 1542 La Relación*

Rafal Reichert, *El situado novohispano para la manutención de los presidios españoles en la región del golfo de México y el Caribe durante el siglo xvii*

Felipe Castro Gutiérrez, *El gran robo de la Real Casa de Moneda de México. La delincuencia y los límites de la justicia en la ciudad de México*

Raffaele Moro Romero, *¿Una práctica poco visible? La demanda de limosnas "indígenas" en la Nueva España del siglo xviii (arzobispado de México)*

Documentaria

Marcela Saldaña Solís, *Representación del Ayuntamiento de la ciudad de México en contra de la secularización de doctrinas, 1753*

Reseñas

Decretos del Concilio Tercero Provincial Mexicano (1585), edición histórico crítica y estudio preliminar de Luis Martínez Ferrer (María del Pilar Martínez López-Cano)

Giovanna Fiume, *Schiavitù mediterranea. Corsari, rinnegati e santi di età moderna* (Fernando Ciaramitaro)

Antonio García de León, *Tierra adentro, mar en fuera. El puerto de Veracruz y su litoral a Sotavento, 1519-1821* (Guadalupe Pinzón Ríos)

Jaime J. Lacueva Muñoz, *La plata del rey y sus vasallos. Minería y metalurgia en México (siglos xvi y xvii)* (Elisa Itzel García Berumen)

Sergio Quezada y Anabel Torres Trujillo, *Tres nobles mayas yucatecos* (Inés Ortiz Yam)
Alejandro Soriano Vallès, *Sor Juana Inés de la Cruz, doncella del verbo* (Jesús Joel Peña Espinosa)
José Antonio Serrano Ortega (coordinador), *La guerra de Independencia en el obispado de Michoacán* (Ana Carolina Ibarra) 



Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México, 43, enero-abril de 2012, 194 p.

Contenido

Artículos

María del Refugio González, *La soberanía en la Academia de Jurisprudencia Teórico-Práctica de México*

Sergio Francisco Rosas Salas, *El Círculo Católico de Puebla, 1887-1900*

Ramiro Jaimes Martínez, *El metodismo ante la Revolución: El Abogado Cristiano y el levantamiento maderista*

Enrique Plasencia de la Parra, *El exilio delahuertista*

Matthew Vitz, *La ciudad y sus bosques. La conservación forestal y los campesinos en el valle de México, 1900-1950*

Reseñas

María Eugenia Vázquez Semadeni, *La formación de una cultura política republicana. El debate público sobre la masonería, México 1821-1830* (Erika Pani)

Charles A. Hale, *El pensamiento político en México y Latinoamérica. Artículos y escritos breves*, editado por Gabriel Torres Puga y Josefina Zoraida Vázquez (Roberto Breña)

Pablo Piccato, *Ciudad de sospechosos: crimen en la ciudad de México, 1900-1931* (Odette María Rojas Sosa) 

Investigadores

Claudia Agostoni, Berenice Alcántara Rojas, Alfredo Ávila, Felipe A. Ávila Espinosa, Alicia Azuela de la Cueva, Johanna Broda, Rosa Camelo, Víctor M. Castillo Farreras, Felipe Castro, José Enrique Covarrubias, Rodrigo Díaz Maldonado, Iván Escamilla, María José García Quintana, Amaya Garritz, Cristina González, Virginia Guedea, Ana Carolina Ibarra, Patrick Johansson, Alicia Juárez Becerril, Gerardo Lara Cisneros, Miguel León-Portilla, Janet Long Towell, Teresa Lozano, Leonor Ludlow, Roberto Martínez González, Pilar Martínez López-Cano, Álvaro Matute, Alicia Mayer, Ivonne Mijares, Sergio Miranda Pacheco, Federico Navarrete, Guilhem Olivier, Sergio Ortega Noriega, Patricia Osante, Miguel Pastrana, Guadalupe Pinzón Ríos, Enrique Plasencia de la Parra, Ignacio del Río, Andrés Ríos Molina, Martín Ríos Saloma, J. Rubén Romero Galván, Estela Roselló Soberón, Javier Sanchiz, Susana Sosenski Correa, Elisa Speckman, Marcela Terrazas, Jorge E. Traslosheros H., Evelia Trejo, Iván Valdez Bubnov, Carmen Vázquez M., Silvestre Villegas Revueltas, Gisela von Wobeser, Carmen Yuste

Técnicos académicos

Ónix Acevedo Frómata, Rosalba Alcaraz Cienfuegos, Arturo Barrera Trejo, Katia M. Cortés, Rosalba Cruz, Alfredo Domínguez Pérez, Carmen Fragano Ríos, Carlos García López, Alonso González Cano, Miriam Izquierdo, Ena Lastra, Roselia López Soria, Javier Manríquez, Miguel Meléndez, María Teresa Mondragón Reyes, María Luisa Reyes Pozos, Israel Rodríguez, Ricardo Sánchez Flores, Martín R. Sandoval Cortés, Sandra Torres Ayala, Juan Domingo Vidargas del Moral

Reseñas

Sonia Corcuera de Mancera
De pícaros y malqueridos:
huellas de su paso por la
Inquisición de Zumárraga.
1539-1547 (José Rubén
Romero Galván)

Dominique de Courcelles
Escribir la historia, escribir
historias en el mundo
hispanico (José Rubén
Romero Galván)



www.historicas.unam.mx

ISSN 0187-182X



9 770187 182004

diseño de forros: Ónix Acevedo Frómeta UNAM-IIH